

## Prólogo imprudente

**Abraham Rumsfeld**

Ph. D. en Nuevas Estéticas

Feliz de regresar a los relatos felinos. Con admiración observo que ya aquella idea inicial concebida en la casa de Guillermo Tedio, después de una parranda en La Troja, cuando visité a Barranquilla buscando una narrativa caribeña colombiana por fuera de los tentáculos de García Márquez, se concreta ya en un quinto volumen que presenta nueve nombres y nueve relatos. Es así como me han hecho llegar los textos que integran el nuevo libro para que escriba un prólogo que considero *imprudente*, pero que asumo con el fervor que siempre me ha suscitado la narrativa que se produce en el Caribe colombiano.

El narrador Martiniano Acosta Acosta —siguiendo un orden alfabético por apellido— presenta, en los preliminares del volumen, el cuento “Él solo quería tener un mochuelo”. A Willy, el protagonista de este relato, se le podría hacer el análisis que algunos críticos, a partir del psicoanálisis, han propuesto para los personajes de Edgard Allan Poe.

Willy es un delincuente de suburbio pobre, que oscila entre la violencia y la ternura cuando, por un lado, tiene aterrorizado al barrio con sus actitudes agresivas, la velocidad y el zumbido atroz de su motocicleta, los atracos y peleas, la drogadicción y las borracheras, y por otro, ha cogido un mochuelo para regalárselo a su novia actual y es devoto de la Virgen. De alguna manera, el pájaro cautivo en una jaula y cuyo melodioso canto embelesa a Willy podría ser un símbolo que expresa el deseo del joven de ser castigado, de ser encarcelado, como generalmente les ocurre a los protagonistas en los relatos de Poe, que quieren ser penalizados y ellos mismos propician su castigo. Pensemos en el asesino de “El gato negro”. La misma narrativa de los tatuajes de Willy expresaría esa bipolaridad del personaje: “un mochuelo, unos gatos, un par de calaveras, un ancla y siete rostros demoníacos”. El mochuelo es robado por un muchacho a quien también le gusta su canto. Es entonces cuando Adela, la exnovia de Willy, aún enamorada de Willy y quien se vio obligada a abortar, le avisa del hurto y le da las señas del ladrón. Willy desprecia a Adela mostrando sus preferencias por su actual novia y sale en busca del chico para matarlo con un revólver. No obstante, quien aparece muerto, tirado “bocabajo sobre el andén, con una brutal cuchillada en el cuello”, es Willy, mientras el ladronzuelo se aleja en una vieja cicla, apretando contra su pecho, con la mano derecha, “una jaula con un mochuelo en su interior”. El lector entonces debe descubrir quién mató a Willy.

El segundo escritor incluido, Adolfo Ariza Navarro, con importantes premios literarios, trae el texto “El cuento de Juliana”, un relato en el que, a nivel temático, el autor parece darle una vuelta de ciento ochenta grados a la temática colombiana de la violencia de las mafias desarrollada en relatos y novelas anteriores, al proponer, esta vez, una historia de amor, por su puesto, de amor frustrado. Lo interesante en esta historia de triángulo amoroso (el marido escritor, la esposa y la mujer del parque) es el grano menudo del relato amoroso que el propio personaje va desplegando hasta dejar a los lectores un panorama que muestra cuántas acciones, a veces rayanas en el grotesco y el ridículo, podemos realizar los humanos para conseguir que el otro o la otra nos acepte y nos quiera. Con una relación matrimonial ya cansada y agotada, el narrador escritor, que va al parque a hacer ejercicios físicos, termina enamorado de una mujer joven, así que entre el hombre y la mujer se establece un contacto o coqueteo de miradas que, desde la perspectiva del narrador, podría terminar en la plenitud amorosa. Y las cosas marchan por buen camino hasta que a la esposa se le da por acompañar al tipo en su rutina mañanera de ejercicios en el parque.

El tercer texto, titulado “Adornos de mesa y otras incomodidades domésticas”, de Luis Mario Araújo Becerra, es un relato experimental, extraño, críptico, en el que, mediante una técnica de claroscuros, silencios y ambigüedades, y desde la mirada narrativa de un yo y un tú, se nos cuenta la historia de una mujer furio-

sa que en una pelea doméstica con el marido, destruye cosas de la casa (teléfono, almohadas...) y termina matando al hombre, que es tirado al piso y se parte en muchos fragmentos como una porcelana de alfarero. La mujer recoge los fragmentos, hace un paquete y va sobre el puente a tirarlo a las aguas del río. Es entonces cuando el personaje que hace de conciencia narradora ve a la mujer y comienza a imaginar o a contarle a otra conciencia los hechos ocurridos entre la mujer y este hombre que ha perdido toda capacidad de afecto y tiene más aspecto de maniquí que de ser humano. Ahora, también es posible pensar que la conciencia narradora sea la de la propia mujer que se cuenta a sí misma una historia imaginada producida por el desamor que vive en sus relaciones.

El cuarto cuento, “Comentarios acerca de un libro que me comprometí a recopilar y a editar (que es este)”, de José Luis Garcés González, es un metatexto que juega con el tema del cartapacio guardado, olvidado y encontrado años después. Se trata de un joven que “confiaba ciegamente en la sabiduría de los libros y de los viejos”, así que una vez recibió en el bar La Ronda, de manos de don Rafael Canedo, un manuscrito que enrolló a modo de tubo, amarró con una pita despelucada y olvidó en medio del tránsito de la vida. Diez años después de la muerte de Canedo, el joven, ya un hombre de profesión contabilista, escucha, de boca de un viejo periodista, en el bar de la 66, la evocación de una crónica sobre la Guerra de los Mil Días escrita por don Rafael, hecho que suscita en el distraído curador el deseo de buscar

el manuscrito en el viejo escaparate donde hace quince años lo guardó. Después de leerlo y sorprenderse de la calidad de los cuentos, de la contextura y lenguaje de las narraciones, decide escribir un prólogo (que es el cuento que el lector está leyendo) y publicar el libro. En este relato, vida y literatura revelan la estampa de un hombre rebelde que se negó a ser adocenado por su familia y por la sociedad, manteniéndose siempre como un *outsider* crítico de su tiempo y de la hipócrita clase de burgueses de su ciudad.

En el quinto cuento, “Un asunto muy turbio”, de Raymundo Gomezcásseres, un médico, testigo ocular de ciertos hechos escabrosos, narra en Cartagena a un amigo escritor las componendas de un presidente y los aparatos estatales de seguridad para silenciar y echarle tierra a la muerte de un chico de diez años ocasionada en Bogotá por el hijo de dieciocho años del presidente, al manejar ebrio su porsche a alta velocidad. Los hechos ocurren inmediatamente después de la elección presidencial, cuando el ganador de los comicios, ya instalado en el Palacio de San Carlos, está siendo acusado de haber manipulado y ganado tramposamente las elecciones. Creo que Gomezcásseres pone el dedo en la herida de un país en el que la delincuencia y la falta de valores se incuban en la propia clase dirigente.

El sexto cuento, “Billar de seis”, de Rafael Darío Jiménez, retoma el asunto de la masacre de las bananeras de 1928, ocurrida en épocas de la United Fruit Company, en la zona bananera, un enclave productivo del departamento del Magdalena. Este triste episodio en la

historia de Colombia ha sido tratado por otros escritores entre los que podemos mencionar a José Francisco Gnecco Mozo, José Francisco Socarrás, Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Ramón Illán Bacca, Guillermo Henríquez, Clinton Ramírez, entre otros. En este relato, Jiménez logra transmitirnos el miedo de la gente a la injusta violencia, haciéndolo concreto en los rostros y acciones de los parroquianos que fueron sorprendidos en el salón de billar cuando la tropa llegó al pueblo a reprimir la huelga de los obreros del banano. Obligados a quedarse encerrados en el salón, de propiedad del padre del joven narrador de la historia, los clientes solo cuentan con la información que trae Lucanor, una especie de periódico oral ambulante. Aunque al final aparece un cadáver mutilado en la calle, a Jiménez, más que la sangre y la muerte, le interesa la violencia —y ese es el mérito de su relato— como experiencia mental que paraliza a través del miedo.

El séptimo texto, “Un amante para Raquel”, de Carmen Victoria Muñoz Morales, trae nuevamente una historia triangular amorosa, esta vez entre Raquel, la mujer narradora de la historia y el teniente. Es un hermoso cuento, narrado con un lenguaje cercano a la poesía en que las cosas casi no se dicen, se esbozan apenas, se insinúan, acercándose más al silencio que a la expresión directa. Raquel, que parece una veterana hiladora de amores, establece relaciones con un teniente que termina amando también en la mujer narradora. Un día el teniente desaparece y en la casa de Raquel se ve una fotografía del hombre con un lazo negro. Ni los

lectores ni la narradora sabemos, con certeza, si Raquel mató al teniente o simplemente este se fue.

El octavo texto, “Un hombre observador”, de Clinton Ramírez C., es un cuento sin argumento, sin asunto, o mejor, un relato en que el personaje es el pensamiento. Dos parroquianos, sentados en una mesa de café, se fijan en un hombre que está al frente, en actitud de espera, al lado de la fuente de las sirenas. En la apertura del cuento, el lector pudiera creer que el autor nos va a contar la historia de este hombre que, según uno de los dos contertulios, el que rellena un crucigrama gigante, llegó tarde a su muerte. De cualquier modo, es esta presencia inquietante del hombre de la fuente la que desgrana el pensamiento de los dos amigos de ocasión, el diálogo en que los dos hombres ponen a prueba su inteligencia. Pero en sí, el hombre de la fuente es un mero pretexto, un punto de partida para vadear aguas más profundas. Clinton Ramírez ha escrito un cuento en el que el personaje es el pensamiento mismo, la reflexión misma. La peripecia y la aventura son las ideas mismas. Poco a poco, el focalizador de la historia, el contrincante del crucigramista, va percibiendo que quizás muchos de los que están en el café, incluyéndose ellos dos, también llegaron tarde a su muerte porque, de alguna manera, ya están muertos y llenan el tiempo que les queda con ocupaciones que no son realmente las de la vida sino las de la inercia: llenar un crucigrama, tomar un café, pasear por los parques... Todos ellos, como Sísifo, cargan una piedra sobre un sendero que no conduce a ninguna parte, ejecutan una rutina

de gestos y hechos inútiles. “Nadie parecía tener una razón para estar allí o tal vez no se necesitaba ninguna”, dice el texto. Este cuento es como un bumerán que lanzado contra el otro —el hombre de la fuente— se devuelve y nos asesta un mazazo en plena conciencia. Lo que parecía una simple reflexión de cafetín sobre el hombre de enfrente se convierte en una puesta en abismo en la que, como en un espejo, vemos nuestra propia precariedad humana.

El último cuento, “Mamá guarda silencio, de Guillermo Tedio, es la historia de Rosa Antonia de Baquero al final de su vida, contada por Roberto, el menor de sus siete hijos, pero también es el relato del contexto familiar. Podría creerse que se tiene un material suficiente para un texto más extenso, quizás una novela, pero el autor, en un manejo hábil y vigilante de la coherencia, evita que la historia central se pierda en las vidas paralelas de los hijos, de modo que la información que se da de ellos siempre será la relevante en relación con las acciones y la personalidad de la madre, conservándose la estructura unificadora del cuento. Se trata de la historia de una matriarca en un hogar del Caribe colombiano, construida con un movimiento pendular que va de la gravedad de la muerte al humor y la socarronería de personajes como Eduardo y los Trejos.

Finalmente, destacaré en estos cuentos la pervivencia de ciertas líneas comunes, muy a pesar de abordar asuntos y ámbitos aparentemente distintos. En todos, el fracaso es un elemento destacado. Fracaso y frustra-

ción al fallar en la concreción de una aventura sexual, como sucede en los cuentos de Acosta, Ariza, Muñoz y del mismo Tedio. Fracaso al comprobar que se llega tarde a la cita de la muerte -descubrir que ya se vive en ella- o a la lectura de los manuscritos confiados por un escritor amigo, como queda expuesto en los textos de Clinton Ramírez y José Luis Garcés. Es una línea de producción dura, obsesiva y lúcida, fácil de rastrear incluso en los cuentos de Luis Mario Araújo y Guillermo Tedio, que ahondan en el infierno de la vida conyugal, con sus secuelas de incomprensiones y oportunidades perdidas.

El argumento social, aunque más sutil, irrumpe por igual en estos cuentos, a veces como denuncia de injusticias o de los extravíos de una sociedad incapaz de superar las conductas discriminatorias. En este sentido, son relevantes, sin duda, los cuentos de Gomezcás-eres, Jiménez y Acosta.

Estos temas, omnipresentes en las vetas menos públicas de estos relatos, confirman la vocación indagadora y crítica que encuentro en los autores del Caribe colombiano en el manejo del cuento. En sus manos, maestras casi siempre, el género es un vehículo dúctil al examinar las fisuras de las sociedades particulares en donde se mueven sus autores. Esas grietas asumen las figuras explícitas de la denuncia social y la frustración amorosa y, en menor medida, la sensación de llegar tarde a alguna forma de verdad. Estas imágenes o pulsiones, notorias en algunos textos, casi secretas en

otros, bien podrían leerse como las estaciones de un país frustrado, perdido en su marcha de rutinas absurdas, anacrónicas.

Quizá a ese deseo de indagación en sus mundos particulares, de ajuste de cuentas con la historia viva del país que cada uno realiza, deba atribuirse el viraje hacia un estilo reflexivo al narrar o abordar las historias. Es una hipótesis que los cuentos de Garcés González, Gomezcásseres, Ariza, Ramírez y Tedio justifican ampliamente. En ello, a más de ver una nueva cepa en la historia del género en la región, vislumbro un valor real, otra apuesta afortunada sobre los límites de un género cuyo dominio exige sabiduría, experticia y riesgo formal.

Esta edición, como otras anteriores, será realizada por la Universidad del Magdalena, que desde su programa de publicaciones ha asumido el compromiso de promover la más reciente y vigorosa escritura de ficción practicada en la región Caribe de Colombia: una literatura en alza constante, que prueba estar preparada para superar miedos y mitos. Queda solo esperar que haya cuentos felinos para rato. Además de agradecer el empeño que Jorge Elías Caro, ahora al frente de la Vicerrectoría de Investigaciones de la Universidad del Magdalena, despliega en los afanes de divulgar los productos de la ciencia, las artes y las letras de su región de origen.

Jackson (Misisipi), febrero de 2022

## Él solo quería tener un mochuelo

Martiniano Acosta

*“Ágil vuela, busca la ocasión  
de salir de esa cárcel protectora”.*

Canción vallenata

Si Adela mirara para atrás, tal vez se le notaría el nerviosismo, pero lo disfraza con su caminar apresurado y la mirada siempre hacia adelante.

Es lunes. El sol sale tan temprano que los transeúntes se quejan del calor pegajoso. Adela, esta vez, arrastra una maleta. Por eso los que la conocen piensan que hay algo no definible que la hace distinta hoy. En su recorrido, ella ve a dos policías poniendo orden a un círculo de curiosos en la esquina de la fonda en la que el día anterior, ella le avisó a Willy lo del robo del mochuelo con su jaula.

A pesar de la carrera que lleva hoy, se detiene. Abre un espacio en la ronda y se confunde entre la gente; observa que la moto está recostada contra la pared de la fonda y el cuerpo de Willy se halla bocabajo sobre el andén, con una brutal cuchillada en el cuello.

—No podía ser otro el final —dice alguien en el redondel.

—Un hombre que todos los días bebía, se drogaba y se lo encontraban dormido en las esquinas, ¿qué más podía esperarse? —agrega otro.

Adela fija su mirada en los tatuajes de los brazos: un mochuelo, unos gatos, un par de calaveras, un ancla y siete rostros demoníacos. Tatuajes que conocía muy bien porque después de hacer el amor, ella, enternecida en su pecho, intentaba descifrar los dibujos. Pero nunca le preguntó por qué se los había tatuado. Al rato, aparecen los malos recuerdos que le picotean la memoria y la tranquilidad: el aborto obligado y luego el abandono con sabor a desprecio.

El sol trágico del lunes le camina a Willy por la cara y por los hombros. Allí de pie, ella siente que a las mujeres les pesa más el resentimiento que a los hombres porque, otra vez, los recuerdos con Willy le picotean la conciencia. Por eso, la determinación es irrevocable. Decide continuar su ruta, volar y dejarse llevar por el grupo de gente que también va de prisa. No voltea para atrás. La maleta rechina contra el pavimento. Adela, imagina su vida desde otra perspectiva: en otra ciudad distinta de Bahía del Mar, un nuevo trabajo, sentir más libertad, sobre todo, lejos de él.

Ayer, ella empujó la puerta de la fonda y entró gritando porque la música vallenata le atoraba los oídos:

—Willy, no debería decirte esto, te ando buscando desde hace rato para avisarte que un muchacho descolgó la jaula y salió corriendo.

A Willy le extrañó la presencia de su exnovia y se sintió molesto. Dio un empujón a la mesa. Pateó contra la pared las patas de la silla de madera en la que estaba acomodado. El piso recibió la gorra azul y cinco cervezas vacías, ingeridas de un solo jalón. El estropicio de vidrio revuelto con gritos y música saturó el lugar. Adela todavía suspiraba por Willy y siempre lo había mirado con los ojos del amor, por ese motivo, creyó su deber avisarle del robo del mochuelo, aunque él la siguiera azotando con el desaire y la indiferencia. Willy, con las manos en la cintura, le habló enfadado:

—Cuántas veces debo advertirte que no te metas en mis asuntos. Ese mochuelo no es mío, es de mi novia, se lo regalé el día de su cumpleaños.

—Mira, Willy, lo que menos me interesa es saber de quién es el pájaro. Solo lo hago porque sé que es importante para ti. Además, es el mismo pelao que todos los domingos se sienta al pie del árbol de matarratón a oír el canto del mochuelo. Yo cumplo con informarte, allá tú.

—Yo conozco a ese muchacho, vive en el barrio Los Almendros, detrás de la iglesia Sacramental.

Adela prefirió no seguir escuchándolo, le dio la espalda y, al salir, las hojas de la puerta tronaron.

Willy recogió la gorra. Se la puso con la visera hacia atrás. Bajó las cejas y pegó la mirada al suelo. Repolló los labios y la rabia le hinchaba las aletas de la nariz. Luego, ordenó al dueño de la fonda que dejara rodar el disco: “En enero Joche se cogió, / en enero Joche se cogió / un mochuelo en las montañas de María / y me

lo regaló, no más, / para la novia mía”. Acto seguido, el dueño de la fonda empezó a barrer y a recoger los trozos de vidrios regados en el piso. Sus ojitos parecían de pájaro asustado ante la exigencia de Willy, “Viejo, te repito, me lo dejás correr hasta que se raye”.

En el barrio, nadie olvidaba que cada domingo Willy exhibía el mochuelo en su hombro o dentro de la jaula colgándola de la rama de un matarratón. El mochuelo se esponjaba, se sacudía el agua, se espulgaba las plumas con el pico y trinaba.

Los domingos el sol atravesaba los ventanales y azotaba los ojos de los vecinos, quienes estaban pendientes de la figura larga y flaca de Willy y de los enredos con jóvenes de extraño pelaje. Cuando Willy recorría la calle en su moto a velocidad mortal, nadie se atrevía a salir, el miedo los encerraba.

—Nos da lástima con esa joven que todavía se muere de amor por él.

Eso comentaban de Adela, la joven que, en muchas ocasiones, lo había salvado para que no lo metieran a la cárcel por los robos, los atracos, el uso de armas blancas, los irrespetos y los altercados con los hermanos.

—Juro por la virgencita que mato a ese muchacho que me robó el mochuelo. A mí nadie me roba y se queda tranquilo —sentenció Willy de pie frente a la fonda.

Empezó a buscar las llaves de la moto en sus bolsillos. Lucía un yin pegado al cuerpo y cinco cadenas en su pecho. Besó varias veces el mochuelo tatuado en su brazo izquierdo. Subió a la moto y la aceleró varias veces haciendo rugir el motor. La luz del sol lo fustigaba

en la cara. De repente, el dueño de la fonda se le aproximó y le lanzó una pregunta con temor:

—Por fa, ¿cuándo me vas a pagar todo este desastre, hermano?

Hubo un silencio incómodo. Tal vez a un paso de surgir una acalorada discusión.

—Cuando me dé la gana y haz lo que quieras.

Y Willy voló como pájaro espantado. Se le veía conducir frenético. En su loca carrera, no le importaban los transeúntes ni los enormes huecos de las calles de Bahía del Mar. Atrás dejaba el humo irrespirable. Y también ese ruido inmamable que afortunadamente se iba desvaneciendo a medida que se tragaba las calles.

Cada domingo, el muchacho se daba un chapuzón en el mar. A su regreso, se acomodaban él y su pequeña y vieja bicicleta debajo del frondoso matarratón a escuchar complacido el canto del mochuelo. Adela fue testigo del momento en que el joven paseó la vista y de un solo salto agarró la jaula y emprendió la huida mientras su dueño, Willy, mataba el asfixiante calor del domingo, tomándose unas cervezas en la fonda a la entrada de un barrio de Bahía del Mar.

Esa mañana de domingo, Willy llegó a su casa. Frenó con violencia, se desmontó dejando el motor prendido. Los vecinos se asomaron a causa del ruido. Willy abrió la puerta de un puntapié. La madre de cabello rizado y blanco como la espuma del mar se asustó en su silla de ruedas y disgustada le gritó:

—¡Otra vez estás metido en líos!